

García Lorca, sonetista

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

Pudiera pensarse, a primera vista, que por haber sido García Lorca, en lo más auténtico de su obra, un poeta orientado hacia los temas y las formas líricas peculiares de lo español, en sus directrices popularmente tradicionales, ya por ello lo que en él no sea romance, cancioncilla o flamenco "cante jondo", deba ser considerado como cosa secundaria en su poética. Nada más equivocado, más contrario a la realidad lírica del gitano granadino. Pues García Lorca no solo tuvo tiempo —en su fugaz pero duradero paso por la poesía castellana— para realizar la mágica juguetería de sus canciones, la graciosa sonajería de sus poemillas andaluces, el taconeante ritmo de sus cantos flamencos y la épica verde-morada, entre trágica y amorosa, de sus romances gitanos. También lo tuvo para escribir su "Oda al Santísimo Sacramento", su "Oda a Salvador Dalí" y toda la restante poesía recogida en "Poeta en Nueva York", tan alejada de su anterior línea poética, así como los sonetos magistrales que aparecen publicados en la edición de sus "Obras Completas" realizada por la casa Aguilar.

Es con base en esta "suma poética" lorquiana que hemos obtenido el inventario lírico de los sonetos del gran Federico que motivan estas líneas. Nueve son en total, ya que el primero de los allí incluídos no es sino el mismo "soneto" del libro "Canciones", publicado en 1927, que erróneamente fue repetido entre los "Poemas Suelos" que aparecen casi al final de la parte dedicada a la poesía en este hermoso volumen. Es aquel que comienza: "Largo espectro de plata conmovida..." No nos explicamos el motivo de esa inútil repetición, pues las variantes que, con relación al primero, contiene ese poema, no merecían la pena de que por ello se repitiera.

— Por el tan escaso número de sonetos que así compuso —nueve apenas— se ve que no fue esa una forma poética muy preferida de García Lorca. Pero la perfección formal, la lograda quinta esencia metafórica, el gracioso encadenamiento imaginativo desde “la ancha cabeza” hasta la “resonante cola” —como dijera el Maestro Guillermo Valencia en su símil leonesco sobre las virtudes del buen soneto— son circunstancias que dicen muy bien de las decantadas dotes de sonetista que el poeta andaluz poseía. Y esto no es en ningún modo extraño en él, que perteneció a esa brillante generación poética, surgida al desgarre de la Primera Guerra Mundial, que tanta gloria supo dar a la poesía española contemporánea. Generación sobre la cual tanto ascendiente lírico tuvieron ciertos poetas del Siglo de Oro, en especial el crítico y barroco don Luis Góngora, cuyo Tercer Centenario celebraron tan ruidosamente los jóvenes poetas españoles en 1927, con Gerardo Diego y Dámaso Alonso a la cabeza.

Con esa alegre y pronto triste generación poética —que hasta tal punto conoció luego la tragedia—, rehabilitadora de las virtudes del gongorismo (tan incomprensidas en España durante siglos) se produjo en la poesía española no sólo un renacimiento lírico innegable, sino una vuelta feliz a ciertas formas poéticas que habían sido tan preferidas por Góngora, Quevedo y otros poetas del Siglo de Oro. Entre esas formas, la “canción” y el “soneto” —que a tanta altura habían llegado en los siglos XVI y XVII— alcanzaron entonces un gran predominio en la poética española de este siglo, que así volvía por los fueros de las antiguas maneras poemáticas, tan olvidadas por el afrancesado neoclasicismo del siglo XVIII y por el romanticismo del siglo XIX, que no concebían que pudiera hacerse poesía en sólo catorce versos. Pero es justo reconocer que a tal rehabilitación del soneto ya habían contribuido eficazmente los poetas —algunos de la generación del 98, especialmente Antonio y Manuel Machado y, sobre todo, Juan Ramón Jiménez, cuyos “Sonetos Espirituales” habían restituído a esa forma poemática su antiguo esplendor.

Por eso casi todos los que integraron esa generación del 27 fueron sonetistas maestros, aunque no hicieran del soneto su forma poética predilecta. Tal es el caso de Gerardo Diego, cuyo soneto “El Ciprés de Silos” es ya hasta tal punto un poema clásico de la literatura española. Porque ¿puede concebirse mejor y más completa forma de síntesis metafórica que la lograda por este ejemplar soneto?

El mismo Gerardo Diego —diestro y elegante sonetista— nos dio en su libro “Alondra de Verdad” (1926-1936) un conjunto de sonetos dignos de equipararse a los del propio Juan Ramón Jiménez. Igual cosa puede decirse de Miguel Hernández, el poeta pastor de Orihuela y el más joven y desafortunado de todos ellos, cuyos sonetos, incluidos en su libro “El Rayo que no cesa” (1936), son de un valor lírico excepcional. También Rafael Alberti, es otro fácil cultor del soneto. Los que figuran en su libro “Marinero en Tierra” (1924), entre los cuales uno dirigido precisamente a García Lorca; en “Cal y Canto” (1924-1927), y los muy bien plasmados que figuran en “Verte y no verte”, e intitulados “Toro de la muerte”. También en su posterior libro “Entre el Clavel y la Espada” (1939-1940) se muestra Alberti como gran sonetista, sobre todo en aquellos “Sonetos Corporales” que inician ese libro.

Pero nos haríamos interminables si expresáramos aquí todo lo que la estética del soneto castellano debe a esta estelar generación de poetas españoles. Lo que nos interesa señalar, ante todo, es hasta qué punto García Lorca, al cultivar el soneto, así fuera tan escasamente, no hacía otra cosa que seguir una tendencia común a todos sus compañeros de generación, derivada sin duda de aquella influencia, tan visible en ellos, de Góngora y Quevedo, que tanto gustaron del soneto como forma de expresión poética.

Los sonetos de García Lorca —como los de casi todos sus compañeros poetas— acusan así una raíz gongorina y quevediana inobjetable. Se nota en ellos una reciente lectura del poeta de las “Soledades”, a quien Lorca admiraba fervorosamente. Hasta el punto que, conforme lo comunicó en carta a Jorge Guillén, que éste cita en el Prólogo de estas “Obras Completas”, estuvo un tiempo dedicado a componer algunos poemas al estilo de las “Soledades”, tal como lo hizo así mismo Rafael Alberti. No se sabe la suerte que corrieran esos fragmentos lorquianos en homenaje al culterano don Luis. Tal influencia gongorina es visible sobre todo en el soneto titulado “Adán” que hace parte de la serie poética “Nuevas Canciones” (1936) y el primero, sin duda, de los compuestos por Lorca. El esoterismo de las imágenes, la conceptuosidad ideativa, la ornamentación verbal, son de clara prosapia culterana. Idéntica cosa puede decirse del “Soneto” que comienza “Largo espectro de plata conmovida...”. Sin duda Góngora hubiera suscrito complacido este par de versos pertenecientes a ese mismo poema:

*"Grieta en que Filomena enmudecida
tendrá bosques, dolor y nido blando"*

O aquel "duelo de mordiscos y azucenas", que figura en el intitulado "El Poeta pide a su Amor que le escriba".

El soneto-elegía "En la muerte de José de Ciria y Escalante" fue publicado inicialmente en la revista "Verso y Prosa" de Murcia, en 1926. Luego fue incluido por Gerardo Diego en su antología "Poesía Española" (1934). El propio García Lorca corrigió luego el texto de ese soneto, en el sentido de poner "peces y verano" en vez de "peces de verano"; "olvidame" en lugar de "olvidate"; y en el mismo verso, "el mundo vano" en vez de "al mundo vano". Y el "delicado Giocondo" del verso final lo cambió por "tristísimo Giocondo". Así lo ha demostrado fehacientemente el escritor canario Miguel Benítez Inglott, al reproducir en "Planas de Poesía" (Nº IX, 1950), revista publicada en Las Palmas, Islas Canarias, el facsímil de la página correspondiente de aquella antología, con las correcciones que al respecto le hizo el mismo García Lorca de su propio puño y letra. El texto que aparece en las "Obras Completas" es el original, tal como fue publicada en ese crestomatía de 1936. Nosotros hemos preferido el texto corregido por Lorca.

Este conmovido y bello soneto, escrito en la muerte de su íntimo amigo el poeta José de Ciria y Escalante, es quizá el más hermoso y logrado de los que Lorca compusiera. Acusa allí la grave y limpia nota elegíaca que trasuntan los sonetos en ese mismo tono escritos por Quevedo.

Igual aliento se advierte en ese otro soneto "A Mercedes en su vuelo", de idéntica dimensión elegíaca, cuyo cuarteto inicial es de un valor poético sin par. Helo aquí:

*"Una viola de luz, yerta y helada
eres ya por las rocas de la altura.
Una voz sin garganta, voz oscura
que suena en todo sin sonar en nada"*

En cuanto a los sonetos que comienzan con los versos: "Tengo miedo a perder la maravilla" y "Yo sé que mi perfil será tranquilo", respectivamente, parece que pertenecen —junto con aquel que se inicia "Amor de mis entrañas, viva. muerte"— a

la serie "Sonetos del Amor Oscuro" que García Lorca, estaba escribiendo por la época de su muerte. En efecto, según sus amigos, García Lorca trabajaba entonces en la composición de esos poemas, de los cuales sólo alcanzó a publicar algunos. En realidad, puede que sean los arriba expresados, cuya técnica amorosamente desolada responde muy bien al alcance del título que para ellos tenía dispuesto el autor. Lástima grande que la muerte hubiera frustrado ese proyecto poético de Lorca, que por las muestras conocidas se anunciaba como algo realmente admirable en su obra. Porque en este terreno —tan difícilmente fácil—, del soneto, García Lorca hubiera logrado, como Gerardo Diego y Rafael Alberti, realizaciones perennes. Índice de ello son estos nueve sonetos, uno de los cuales, "A Carmela la Peruana", en rubendarianos alejandrinos, tiene apenas un valor circunstancial.

En cambio, cuán lorquiano y de perenne valor es ese otro titulado "Epitafio a Isaac Albéniz", inédito por mucho tiempo, hasta el punto de no aparecer incluido en la primera edición de las mencionadas "Obras Completas". Dicho poema confirma las excepcionales cualidades de sonetista que poseía el lamentado poeta granadino.

SONETOS DE GARCIA LORCA

Adán

*ARBOL de sangre moja la mañana
por donde gime la recién parida.
Su voz deja cristales en la herida
y un gráfico de hueso en la ventana.*

*Mientras la luz que viene fija y gana
blancas metas de fábula que olvida
el tumulto de venas en la huída,
hacia el turbio frescor de la manzana.*

*Adán sueña en la fiebre de la arcilla
un niño que se acerca galopando
por el doble latir de su mejilla.*

*Pero otro Adán oscuro está soñando
neutra luna de piedra sin semilla
donde el niño de luz se irá quemando.*

Soneto

LARGO espectro de plata conmovida
el viento de la noche suspirando
abrió con mano gris mi vieja herida
y se alejó; yo estaba deseando.

*Llaga de amor que me dará la vida
perpetua sangre y pura luz brotando.
Grieta en que Filomena enmudecida
tendrá bosque, dolor y nido blando.*

*Ay qué dulce rumor en mi cabeza!
Me tenderé junto a la flor sencilla
donde flota sin alma tu belleza.*

*Y el agua errante se pondrá amarilla,
mientras corre mi sangre en la maleza
olorosa y mojada de la orilla.*

El poeta pide a su amor que le escriba

*AMOR de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.*

*El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.*

*Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.*

*Llena, pues, de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.*

Soneto

TENGO miedo a perder la maravilla
de tus ojos de estatua, y el acento
que de noche me pone en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.

*Tengo pena de ser en esta orilla
tronco sin ramas; y lo que más siento
es no tener la flor, pulpa o arcilla,
para el gusano de mi sufrimiento.*

*Si tú eres el tesoro oculto mío,
si eres mi cruz y mi dolor mojado,
si soy el perro de tu señorío,*

*no me dejes perder lo que he ganado
y decora las aguas de tu río
con hojas de mi otoño enajenado.*

En la muerte de José de Ciria y Escalante

*QUIEN dirá que te vió, y en qué momento?
Qué dolor de penumbra iluminada!
Dos voces suenan: el reloj y el viento,
mientras flota sin tí la madrugada.*

*Un delirio de nardo ceniciento
invade tu cabeza delicada.
Hombre! Pasión! Dolor de luz! Memento.
Vuelve hecho luna y corazón de nada.*

*Vuelve hecho luna, con mi propia mano
lanzaré tu manzana sobre el río
turbio de rojos peces y verano.*

*Y tú, arriba en lo alto, verde y frío,
olvidame! y olvida el mundo vano,
tristísimo Giocondo, amigo mío.*

A Mercedes en su vuelo

*UNA VIOLA de luz yerta y helada
eres ya por las rocas de la altura.
Una voz sin garganta, voz oscura
que suena en todo sin sonar en nada.*

*Tu pensamiento es nieve resbalada
en la gloria sin fin de la blancura.
Tu perfil es perenne quemadura,
tu corazón paloma desatada.*

*Canta ya por el aire sin cadena
la matinal fragante melodía,
monte de luz y llaga de azucena.*

*Que nosotros aquí de noche y día
haremos en la esquina de la pena
una guirnalda de melancolía.*

Soneto

*YO SE que mi perfil será tranquilo
en el musgo de un norte sin reflejo.
Mercurio de vigilia, casto espejo
donde se quiebra el pulso de mi estilo.*

*Que si la yedra y el frescor del hilo
fue la norma del cuerpo que yo dejo,
mi perfil en la arena será un viejo
silencio sin rubor de cocodrilo.*

*Y aunque nunca tendrá sabor de llama
mi lengua de palomas ateridas
sino desierto gusto de retama,*

*libre signo de normas oprimidas
seré en el cuerpo de la yerta rama
y en el sinfín de dalias doloridas.*

A Carmela, la peruana

*UNA LUZ de jacinto me ilumina la mano
al escribir tu nombre de tinta y cabellera,
y en la neutra ceniza de mi verso quisiera
silbo de luz y arcilla de caliente verano.*

*Un Apolo de hueso borra el cauce inhumano
donde mi sangre teje juncos de primavera,
aire débil de alumbre y aguja de quimera
pone loco de espigas el silencio del grano.*

*En este duelo a muerte por la virgen poesía,
duelo de rosa y verso, de número y locura,
tu regalo semeja sol y vieja alegría.*

Oh pequeña morena de delgada cintura!
Oh Perú de metal y de melancolía!
Oh España, oh luna muerta sobre la piedra dura!

Epitafio a Isaac Albéniz

*Esta piedra que vemos levantada
sobre hierbas de muerte y barro oscuro,
guarda lira de sombra, sol maduro,
urna de canto sola y derramada.*

*Desde la sal de Cádiz a Granada,
que erige en agua su perpetuo muro,
en caballo andaluz de acento duro
tu nombre gime por la luz dorada.*

*¡Oh, dulce muerto de pequeña mano!
¡Oh, música y bondad entretejida!
¡Oh, pupila de azor, corazón sano!*

*Duerme cielo sin fin, nieve tendida.
Sueña invierno de lumbre, gris verano.
¡Duerme en olvido de tu vieja vida!*